

Eduardo Herrera Baullosa

WELCOME TO MÍ



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, nº114—

MADRID • MMXXI

De la obra © EDUARDO HERRERA BAULLOSA

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Del prólogo © ELAINE VILLAR MADRUGA

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento o el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Septiembre 2021

I.S.B.N: 978-84-18997-00-6

Depósito legal: M-25004-2021

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*A mimi:
emplumada de luces negras,
—errante—
toma posesión del camino
donde aposenta insoluble
el Neón de los comienzos*

E.H.B

P R Ó L O G O

Estos son los *soundtracks* que acompañaron mi viaje

Pienso igual que Eduardo Herrera Baullosa: «No tengo nada en contra de los crematorios./ Me gusta pensar que estarán en todas partes.» Pienso como él y luego me visto con la piel del poeta que ha visto morir a la madre y a la poesía al unísono. En este acto redundante que atrapa al escritor y lo condena a vivir la metáfora de la partida una y otra vez, la palabra madre, dolor, viaje, muerte y música pueden tener un mismo significado gracias a la poesía.

Siempre he creído que la creación de Herrera Baullosa se cimienta en ese espacio —condensado en la temporalidad de lo real— donde la memoria se enquistaba en ámbar. Su poesía es un poco como la del insecto atrapado en el material semiprecioso. Esta condición casi pictórica, casi *stop motion* o *road movie*, cimentada y visible, hacen de su acto creativo uno de los instantes más vividos —y lacerantes— de la poesía cubana contemporánea. Herrera Baullosa no se detiene en la experimentación vacua ni en la aparente (in)movilidad del lenguaje: sus malabares son otros y solo aquel que tenga ojos sensibles entenderá y apreciará el acto donde creación se transforma en evisceración.

Porque sepa usted, lector, que aquí no solo encontramos poesía, sino una evisceración de la poesía, que es lo mismo que decir una evisceración de la memoria. Nada ha quedado en su sitio: ni la madre, ni la ciudad, ni la hermana, ni las cenizas del cigarro, ni los gaticos que alguien amantará a falta del poeta, ni la ausencia que se hace recuerdo, ni el recuerdo convertido en ausencia (ay, madreculpa). De alguna manera, cuando asistimos al acto de contemplar la poesía de Eduardo Herrera Baullosa, asistimos también a un acto performático donde un hombre lleva el corazón y las tripas por fuera (corazón y tripas que son, antes que del poeta, de la poesía). Desde ese momento de evisceración que no deja señuelos de defensa, y a lo largo de todo este viaje por la carretera del acto poético, el creador construye (y transforma) su verdad.

En la poesía existen múltiples —yo dirían que incontables— maneras de construir una verdad. Una verdad que ha de entenderse como acto único, huella dactilar, marca de agua de una experiencia humana en el plano terrenal y en el plano ambarino de la creación poética. El modo de Herrera Baullosa es explícito, performativo, es acto teatral, palabra poética transmutada en palabra gracias a la escena. El verso se transforma en la cortina que separa la cuarta pared —el espacio cómodo, la tierra de nadie que se encuentra entre quien espera y quien exhibe— y el libro; totalidad donde se acumulan, se organizan y resemantizan los versos, y que deviene espacialidad otra, textual por una parte pero siempre, por encima de todo, textualidad eviscerada. Repito: textualidad como performance.

Toda la literatura de Herrera Baullosa —y *Welcome to mí* en específico— puede interpretarse como esos *soundtracks* que nos acompañan en un viaje largo por la carretera, esos *soundtracks* que hemos preparado de antemano porque ya sabíamos que el viaje sería largo y agotador, agobiante como todos los viajes de este mundo. La banda sonora no es solo la música incidental que nos guía entre montañas o cualquier otro resquicio del paisaje, la que nos advierte de algún animalito atropellado en la carretera, las que nos indica qué estado emocional ha de habitarlos mientras el mundo pasa frente a nuestros ojos. Es todo eso, sí, es la compañía del viaje y la música que grita en nuestra memoria y de paso la resemantiza. Pero en el fondo, estos *soundtracks* nos hablan también del acto electivo. ¿Por qué elegir esta música entre tantos versos? ¿Por qué estos *soundtracks* y no otros? ¿Por qué este verso? ¿Por qué?

El hecho de elegir, en la poesía, es también un acto de evisceración. Es por eso que el viaje por la carretera de este libro —*Welcome to mí* podría ser el letrero final, la señalética que nos diga que hemos llegado a nuestra Ítaca interior, a nuestro sitio del reposo, a nuestro lugar del encuentro con la otredad que somos y que muchas veces silenciamos— puede leerse en una sentada, en un viaje *express* por el dolor, la ceniza y la alegría eviscerada de la memoria; o bien puede leerse también por etapas de viaje, en un proceso de develado paulatino, en el hecho de masticar los *soundtracks* hasta que el dolor se haga, de una forma u otra siempre sucede esto, música.

Al viajar a través de las páginas del libro, el lector solo deberá tener presente que *Welcome to mí* es también una odisea de la recomposición, una odisea a través de la propia alma del viajante —y del dolor que lo acompaña en la silla del copiloto—, un retorno a las esencias propias, a la semilla, al recuerdo como el instante fotografiado de la realidad que un día vivimos y que ahora sigue viva, disecada, congelada, como el insecto en ámbar o simplemente la foto en el álbum que es nuestra memoria. Porque, se admita o no, la memoria es la carretera definitiva que todos los poetas transitamos y Herrera Baullosa no es la excepción. Su canto —la poesía desde sus orígenes es canto— da la bienvenida a su *alter ego* que retorna y a la otredad del lector que avizora la señalética del regreso: *Welcome to...*

La mujer calva, la matria, la robada muñeca asesina, la belleza, Marilyn Monroe, la red social, la madreculpa, la mujer con la cara lavada o con el cigarrillo en la boca son figuras que han de interpretarse como mártires, santas, testigos de esta odisea del regreso. Todas ellas hembras, encarnadas en cuerpos, advocaciones de cuerpos. Si el regreso es una carretera o una catedral —un espacio sagrado, en cualquiera de sus dos advocaciones—, estos cuerpos femeninos asaeteados, retornados, muertos o vivos, *vivosmuertos*, rodeados de legañas o de luces son también los cuerpos de la poesía. Cuerpos dignificados, cuerpos martirizados, cuerpos eviscerados. Hay una poética de cuerpos involucrada en este acto creativo porque Herrera Baullosa construye sus versos no de entelequias ni conceptos abstractos, sino de concreciones: sangre de su sangre, carne de su carne, poesía de su

poesía, verso de su tuétano. Para él, la concreción es importante. La poesía debe —necesita— tener un cuerpo que habitar, una piel que vestir, un hábito que poseer. La poesía es también la historia de esos cuerpos.

Cuerpos en escena, repito, porque este libro no solo puede ser analizado como un espacio de encuentro con el lector, como un tejido de versos, como la tela diacrónica donde la poesía cuelga, sino también como *work in progress* que se arma en la (ir)racionalidad de los sujetos poéticos, sus persistencias y pervivencias, sus versiones y perversiones, su ira. *Deus irae*. La ira de los cuerpos hecha dios.

«Una casa sin muertos no es un lugar seguro», nos cuenta Herrera Baullosa y yo coincido. Una casa sin muertos o una carretera sin muertos jamás podrá decir *Welcome to mí*, jamás podrá darnos ninguna bienvenida pretérita o futura. Para los muertos solo existe el presente, como también para nosotros los vivos. En el presente de la poesía, en esa carretera eviscerada que hemos elegido como raíz y ruta, permanecen estos sonidos, estos *soundtracks*, estas voces vivas y estas voces muertas que hacen que el viaje sea un lugar seguro. O quizás no seguro del todo —la poesía es riesgo, es salto al vacío—, pero sí la señal deseada porque, al final de la *road movie* habremos descubierto que la poesía —sutil, dura y cruda— puede también manifestarse a través de la música o el grito.

ELAINE VILAR MADRUGA
La Habana, 20201

la madre, lo muerto...

*...muy lentamente alza los blancos brazos para que se cierren
en perfecto abrazo sobre lo que esté cerca...*

«Extracción de la piedra de locura», Alejandra Pizarnik

La peste familiar

Está la luz de mi casa apretada en una caja de cemento,
viene de la sombra, llueve dentro del cuarto en el mismo
instante

en que una mujer se aferra a sus huesos y otra le lava la
cara.

La mujer lavada martillea con los labios, toca la luz
que ya nadie ve,
que entra en el cuarto y moja las manos de los que allí
estamos.

Ha perdido algo de colores brillantes, no sé lo qué es,
no puedo explicarlo;
le duelen los dientes, los ojos enroscados, ojos puestos
en todo,
ojos de animal medio joven que acabarán mordiendo
la mano que la lava,
rápidamente de un dedo al otro.

Entonces la mujer lavandera me pide ayuda,
pero yo estoy desnudo, rojo hasta el absurdo,
rehén del fuego en las hendiduras de mi cuerpo.

En ese momento el dolor se pone de moda
y me voy huyendo a la cocina convencido de que mi
hermana

le limpiará las lágrimas con sus propias manos como
si no pasara nada.

Mujer calva fuma un cigarrillo

Siempre que escribo la palabra va-Gina, inevitablemente pienso en mi madre.

Algo me obliga a pensar en cualquier madre a modo de traslado.

Me despierto a las 4:00 am, a las 2:00 am, a la 1:00 am y mi madre ya tiene la cara lavada.

No puedo simplemente volver la cabeza cuando el insomnio es aromático y sabroso: olor a café y cigarro durante tanto tiempo que ya lo olvido.

Debería desaparecer la imperiosa necesidad que tienen las madres de huir a todas partes, a toda costa con velocidad imposible, como los pequeños chasquidos del cadáver de una mosca familiar.

Una mujer con la cara lavada es casi madre.

Una mujer con un cigarrillo en la boca es familiar.

Una mujer calva no es real.

Voy a verlas a todas, ¡por supuesto que voy!

y tomo algo más fuerte que yo para que no me duela.

Solo por esta vez la abrazo y me da el pecho.

Solo por esta vez soy incapaz de hacer un *selfie*.

Sin ninguna emoción. Incluso agradecido.

Donde fuego hubo, cenizas quedan

Ahora que lo dices, tienes razón,
también las madres van cubiertas de cenizas.

Estuvieron a punto de ser mías,
el secreto consistía en esperar el momento oportuno.

Recuerdo una borrosa,
sentada en un vórtice de pájaros
pasaba las tardes amamantando niños.

No preguntes qué pasó después:
el casi imperceptible gesto la borró.

Cuando envuelvan mi quemadura
y esté fuera de cualquier alcance,
—no pasará nada—
no habrá razón para estar triste.

Cada cual guarda el cuerpo como puede.

Ceniza de horno

No tengo nada en contra de darse por vencido.
Nada en contra del olor calcinado.

A pocos pasos de mí hay otro niño con los puños
apretados,
parece una rabia pequeña,
una cosa *damaged* como una voz de alarma.
Por sí mismo no significa gran cosa,
aun así, tomo cuidado para que no me vea.

Es difícil dominar el arte de no tener nada en contra,
es difícil ser testigo del frenesí homicida
y aguantar las ganas de matar lo que no está.
Cuando mi madre murió,
aprendí a pasar el tiempo amamantando gatos;
los dejaba dormidos como un asunto mal resuelto,
cómplices de la vieja conspiración que hace del gato una
fatiga mortal.

No tengo nada en contra de los crematorios.
Me gusta pensar que estarán en todas partes.